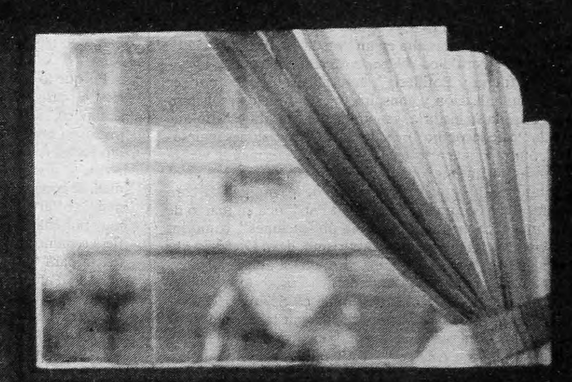
SUPLEMENTO DE Página/12

Año 1 - Nº 41 - Jueves 17 de octubre de 1991

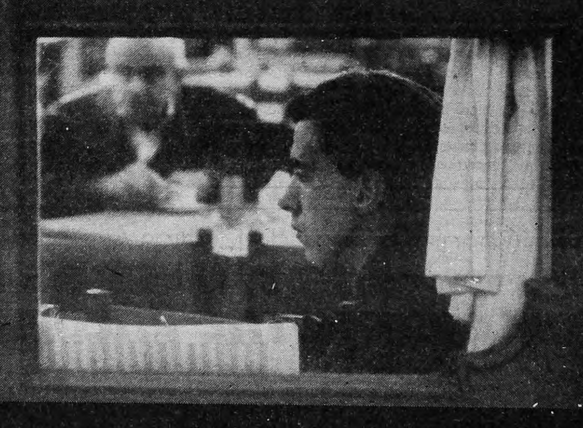
METROPOLIS

Rafael Calviño









EL CAFECITO, UNA INSTITUCION

VIDA DE BAR

''Vida, transfiguración y muerte de los cafés de Buenos Aires'' es el título de una investigación de Mabel Bellucci —comunicóloga, especialista en historia de la mujer— y Eduardo Grüner —sociólogo, crítico literario—, realizada a pedido de una editorial para integrar una colección que aún espera su salida. A modo de adelanto, se publican algunos fragmentos dedicados a pensar el café como espacio social de intercambio, a recordar su historia y sus orígenes, a describir su fauna, a revelar algunas anécdotas.

Ya que afuera es difícil, dentro del café se arregla el país.

Los cafés pioneros

El primer café con características aproximadas a los actuales —registrado por Vicente Gesualdo— probablemente haya sido el Café de los Catalanes (1799-1873), en la actual esquina de San Martín y Cangallo. Ya este local servía de tribuna política y trinchera de barras ideológicas: en 1809 se registra allí una tremenda batahola en la que Atanasio Duarte, jefe de Patricios, se trenza a sillazos y machetazos con un grupo de parroquianos de la fracción realista, los llamados Miñones. Otro tanto puede decirse de su principal competidor, el café de Marco (o Marcó, según otra versión), ubicado en el cruce de las actuales calles Bolívar y Alsina, entonces Santísima Trinidad y San Carlos. Este comercio —inaugurado en 1801 y cerrado en 1871— se destacó por ser el primero en anunciar su apertura en un "medio de comunicación" de la época —el famoso periódico *Telégrafo Mercantil*—, con el apelativo de "Billar, Confitería y Botillería". Pero más se destacó por ser punto de reunión, organización y conspiración de diversos cenáculos políticos a través de toda su historia, generalmente "radicales" (lo que le ganó la fama de "café jacobino"): ya durante las invasiones inglesas de 1806-7 sirvió como foco de resistencia, desde cuya terraza se vigilaban los movimientos del enemigo. También fue lugar de reunión favorito de los patriotas de 1810, y local conspirativo de los morenistas contra los saavedristas (en él se fundó la Sociedad Patriótica en marzo de 1811), aquellos "muchachones perdidos y sin obligaciones", como los llamaba despectivamente el puntal del saavedrismo, deán Gregorio Funes. Esos "muchachones perdidos" eran, entre otros, Julián Alvarez, Agustín Donado, Lucio Mansilla, Antonio Beruti, Cosme Argerich, Ignacio Alvarez Thomas, Ambrosio Mitre, Francisco Seguí.

Entre estos ilustres precursores debemos mencionar también al Café de la Comedia, frente a la iglesia de la Merced (hoy Reconquista y Cangallo), propiedad de "Musiú Añasse" —Monsieur Raymond Aignasse, un rico comerciante francés—, que incluía una escuela culinaria donde aprendían a cocinar los esclavos de la aristocracia. Finalmente, hay que recordar al más tardío entre los pioneros, el Café de la Victoria (1820-1879), que levantó su aristocrática fachada en la esquina de Bolívar y Victoria (hoy H. Yrigoyen): allí se agasajó al almirante Brown después de su victoria en la batalla de Juncal, y allí también se festejó —con hectolitros de vino y cerveza— la victoria de Ayacucho. En esa festiva noche del 21 de enero de 1825, el propietario contrató una orquesta para matizar la celebración, y así el Café de la Victoria (premonitorio nombre, entre paréntesis) se convirtió, aunque fuera por una noche, en el primer café concert de la historia argentina.

El café, espa

EL SEGU

Los argentinos (pero especialmente los porteños), de cualquier edad (pero especialmente los "maduros"), de ambos sexos (pero especialmente los hombres) y de todos los niveles socioeconómicos (aquí sí, *todos*) son irrecuperablemente cafeinómanos. Esa infusión oscura y cálida, excitante y ladrona de sueño, ha ido sustituyendo al colonial y todavía decimonónico chocolate, hasta transformarse en una verdadera institución nacional: el cafecito.

A veces —muchas veces— el cafecito viene solo. Y es entonces, realmente, cuando deviene institución, con sus símbolos, sus rituales, sus reglas implícitas... y su *espacio* propio, llamado pura y simplemente el *café*. ¿Por qué se ha elegido designar un local donde se expenden muchas clases distintas de infusiones y bebidas con el nombre de *una* de ellas, tomando la parte por el todo? ¿Será porque, siendo el cafecito una institución de tal envergadura, pareció al anónimo habla de la calle lo más lógico extender el vocablo al comercio donde se puede ingerir el producto? Es muy posible. Pero, atención: como se sabe, al cafecito se lo puede tomar, también, en un bar, confitería, restaurante y un largo etcétera. Sin embargo, ninguno de esos lugares es un *café*.

Porque lo que importa es el *espacio*: el café, espacio institucional, simbólico, ritual y reglamentado. Espacio, en primer lugar, de *intercambio* social: en la mesa del café se conversa, se discute, se seduce, se chismea, se concertan negocios y, en general, se "arregla el país", expresión muy porteñamente fatalista que confiesa semiinconscientemente la impotencia para "arreglar el país" *fuera* del café. Para un argentino es inimaginable, y un poco patético, el espectáculo de dos o más personas sentadas a la mesa del café y en silencio: el café, casi por definición, es un espacio que "suelta la lengua". Es algo así como el sucedáneo urbano del fogón, o de la choza mayor de la tribu, donde el grupo se reúne para intercambiar experiencias, preocupaciones, historias, bromas: en una sociedad que ha perdido casi totalmente la capacidad de la relación cara a cara y la comunicación oral, el café es el espacio —casi el único que queda— de la *narrativa social*, el pequeño y delimitado territorio donde una sociedad difusa y anónima se concentra para *contarse la vida*: el género literario por excelencia del café es la confidencia socializada.

La soledad y la barra

Desde luego, el café puede ser también espacio de soledad, pero sólo en la aceptación pedestremente física del término. La soledad no significa necesariamente ausencia de intercambio: a veces, por el contrario, la soledad física *intensifica* el intercambio con el microcosmos externo, lo hace más atento, más deliberado. En el café se lee, o se estudia. Pero el hecho de hacerlo en un café y no, por ejemplo, en una biblioteca ya denuncia la necesidad del intercambio, de dejarse penetrar por las voces, los sonidos, el rumor interno y el de la calle: de no perder, por más reconcentrado que se esté, el contacto con el mundo. Es por eso, porque al café se va a hacer contacto con el mundo, que aquel (o aquella, aunque eso es menos frecuente) que está solo en el café se dejará atrapar ocasionalmente por la conversación de la mesa vecina, por la historia que puede imaginar a partir de la expresión de los otros parroquianos, por el enigma de un rostro atribulado, o sonriente, compungido, eufórico, deprimido, pensativo, distraído. Es por eso también que el solitario de café procurará, casi siempre, sentarse junto a la ventana. La ventana del café es una institución dentro de la institución. Si el café mismo es una zona fronteriza entre el mundo de lo público y el de lo privado, la ventana es a su vez una frontera inestable —que esté abierta o cerrada representa una gran diferencia— entre el adentro y el afuera del café: puesto de observación y también de inocente voyeurismo, que compensa el exhibicionismo de estar sometido a la mirada ajena.

Si bien es cierto que el café puede

Vieja y buena bohemia

La bohemia intelectual también encontró desde sus inicios en los cafés —particularmente los del radio céntrico— un lugar de refugio para sus ensoñaciones, sus debates y, en muchas ocasiones, para su producción concreta. A comienzos de siglo, esa bohemia intelectual encontró en la peña formal o informal del café el autorreconocimiento inter pares que una sociedad cosmopolita, próspera y en buena medida frívola todavía les negaba.

Hay que empezar por nombrar a Los Inmortales, en su ubicación original de Corrientes 992, regenteado durante una gloriosa década (de 1906 a 1916) por el francés León Desbarnats, verdadero mecenas de los iniciados, que en más de una ocasión pudieron engullir gratuitamente un café con leche y medialunas gracias a la distracción del francés. Los parroquianos del célebre café eran en su mayoría jóvenes —y no tan jóvenes— vinculados con las artes, las letras y el treatro: Florencio Sánchez, Roberto J. Payró, Evaristo Carriego, Alfredo Palacios, Horacio Quiroga, Gregorio de Laferrère, Enrique Gracía Velloso, Javier de Viana, Domingo Robatto, etcétera, sin olvidar a los anónimos sin carrera descollante, periféricos de la noche porteña y la farándula que se colaban en las acaloradas y polémicas terturlias.

Otro clásico café de la bohemia de los escritores y políticos del Centenario fue La Brasileña, local consagrado literariamente por la obra *El mal metafísico*, donde Manuel Gálvez describe con lujo de detalles la colorida cotidianidad del café. También José Saldías, en una poética semblanza, recuerda a los "soñadores libertarios" que solían reunirse allí, guiados por la figura romántica de Alberto Ghiraldo.

Y el inefable Café Tortoni, por cuyo sótano —célebre peña y cenáculo literario de la época— pasaron gente de letras, artistas y músicos que no dejaron de registrar en su propia obra al famoso local. Baldomero Fernández Moreno le dedicó un poema, el gran dramaturgo italiano Luigi Pirandello dictó en él algunas famosas conferencias acompañado, nada menos que por la voz de Carlos Gardel, y cantó y bailó también la famosísima Josephine Baker.

En Congreso, Feria de Medios Alternativos

FANZINES ENTRE PALOMAS

(Por Marcelo Panozzo) El señor que se paró lo hizo como lo hacen tantos, un viernes a las cinco de la tarde en la Plaza Congreso, en la vereda de Rivadavia. Allí hay, cada viernes desde hace algo más de un mes, una mesa armada con tablones y caballetes sobre la que se exhiben fanzines de toda laya en lo que se ha dado en llamar *Primera Feria del Fanzine y Medios Alternativos*. Hay pasacalles que semanas atrás supieron servir a las campañas políticas y que hoy, pintados encima, anuncian el evento; hay, también, representantes de cada revista fiscalizando la venta del producto en cuestión, reponiendo ejemplares en caso de falta y dando al sitio un aspecto sombrío pero amable: esos chicos que una noche cualquiera pueden agolparse a las puertas de Halley para ver a los popes del hardcore brasileño Ratos de Porao visten a las cinco de la tarde la misma ropa que llevarán más tarde y atienden a cada curioso con una deferencia ejemplar. Incluso al señor que se paró, repasó cada uno de los títulos exhibidos, examinó también los posters de los Sex Pistols y, tras pensar unos segundos, se acercó a una de las vendedoras para preguntar: "¿Son evangelistas, ustedes?" Quizá el buen señor se haya confundido con el título de una de las publicaciones, ésa que se llama *Juventud Perdida*.

El chico que representa a la revista *Rebelion Rock*, virtual madre de la prensa under de los últimos años y que hoy cuenta también con un programa de radio que se difunde los lunes a las 21 por la FM Avellaneda, explica que la iniciativa nació un viernes, hace un mes y medio —mañana será el sexto viernes de la feria—, a través de un aviso aparecido en el suplemento "Sí" del diario *Clarín*. "Yo llegué, di vueltas y vueltas a la plaza —dice—, y no había nadie, ni una mísera pancarta. Lo único que no revisé fue el monumento, arriba, pero no iban a ser tan tontos de ponerse ahí, donde no los veía nadie... Ahí mismo estaban, cuatro gatos locos con una docena de revistitas tiradas en el piso."

A partir de allí todo se fue encarrilando: quienes se reunieron ese primer día fijaron tareas para poder ubicar el puesto en una especie de glorieta que hay sobre Rivadavia, a los pies de la cual, por un enrejado, se ve pasar el subte. Cuentan no sin orgullo que la organización resultó un éxito y la narración se ubica en la saga del esfuerzo: llegan en tren desde el oeste con los caballetes y así se van, cuando termina todo, pasadas las ocho. No menos de veinte son las publicaciones hoy expuestas, que van desde las tradicionales y ya mentadas *Rebelion Rock* y *Juventud Perdida* hasta *Kitchen Garden, Sarna, La burra* y otros medios anarquistas, y la revista de las Madres de Plaza de Mayo. Han incluido ya publicaciones españolas y los precios, que oscilan entre los 6000 y los 20.000 australes, se lucen ordenados en una pizarra.

La feria cuenta con el auspicio de la Subsecretaría de la Juventud de Municipalidad porteña y el dinero recaudado va a parar a las arcas de cada revista, a excepción de una pequeña parte que queda en una caja común para solventar gastos. Creen que en poco tiempo empezarán a organizar eventos en torno a la feria, comenzando por la emisión, en vivo, de programas de radio alternativos. Creen que es un espacio necesario el que han conseguido porque, dicen, "esto se muere, no pasa nada". "Necesitamos juntarnos —siguen—, hacer algo juntos." De todos modos, más allá de las ansias de crecimiento, guardan cierto temor al desborde. Hoy se están nucleando de a poco pero confiados en que cuando la alternativa se difunda el lugar se va a llenar, cada viernes, convirtiéndose en un espacio imperativo. El temor, aunque leve, existe con relación a la experiencia pasada, a tantos espacios que se parecían tanto al paraíso y terminaron yéndose al infierno.





Ya que afuera es difícil, dentro del café se arregla el país.

Los cafés pioneros

El primer café con características aproximadas a los actuales —registrado por Vicente Gesualdo— probablemente haya sido el Café de los Catalanes (1799-1873), en la actual esquina de San Martín y Cangallo. Ya este local servía de tribuna política y trinchera de barras ideológicas: en 1809 se registra allí una tremenda batahola en la que Atanasio Duarte, jefe de Patricios, se trenza a sillazos y machetazos con un grupo de parroquianos de la fracción realista, los llamados Miñones. Otro tanto puede decirse de su principal competidor, el café de Marco (o Marcó, según otra versión), ubicado en el cruce de las actuales calles Bolívar y Alsina, entonces Santísima Trinidad y San Carlos. Este comercio —inaugurado en 1801 y cerrado en 1871— se destacó por ser el primero en anunciar su apertura en un "medio de comunicación" de la época —el famoso periódico *Telégrafo Mercantil*—, con el apelativo de "Billar, Confitería y Botillería". Pero más se destacó por ser punto de reunión, organización y conspiración de diversos cenáculos políticos a través de toda su historia, generalmente "radicales" (lo que le ganó la fama de "café jacobino"): ya durante las invasiones inglesas de 1806-7 sirvió como foco de resistencia, desde cuya terraza se vigilaban los movimientos del enemigo. También fue lugar de reunión favorito de los patriotas de 1810, y local conspirativo de los morenistas contra los saavedristas (en él se fundó la Sociedad Patriótica en marzo de 1811), aquellos "muchachones perdidos y sin obligaciones", como los llamaba despectivamente el puntal del saavedrismo, deán Gregorio Funes. Esos "muchachones perdidos" eran, entre otros, Julián Alvarez, Agustín Donado, Lucio Mansilla, Antonio Beruti, Cosme Argerich, Ignacio Alvarez Thomas, Ambrosio Mitre, Francisco Seguí.

Entre estos ilustres precursores debemos mencionar también al Café de la Comedia, frente a la iglesia de la Merced (hoy Reconquista y Cangallo), propiedad de "Musiú Añasse" —Monsieur Raymond Aignasse, un rico comerciante francés—, que incluía una escuela culinaria donde aprendían a cocinar los esclavos de la aristocracia. Finalmente, hay que recordar al más tardío entre los pioneros, el Café de la Victoria (1820-1879), que levantó su aristocrática fachada en la esquina de Bolívar y Victoria (hoy H. Yrigoyen): allí se agasajó al almirante Brown después de su victoria en la batalla de Juncal, y allí también se festejó —con hectolitros de vino y cerveza— la victoria de Ayacucho. En esa festiva noche del 21 de enero de 1825, el propietario contrató una orquesta para matizar la celebración, y así el Café de la Victoria (premonitorio nombre, entre paréntesis) se convirtió, aunque fuera por una noche, en el primer café concert de la historia argentina.

El café, espacio porteño de intercambio

EL SEGUNDO HOGAR

Entre los excesos que singularizan a Buenos Aires, además de los psicoanalistas, se cuentan los cafés. Institución porteña, el cafecito establece un espacio de relaciones acogedor —"si sos lo único en la vida que se pareció a mi vieja"— donde se mata el tiempo y se arregla el país, según una investigación de Mabel Bellucci y Eduardo Grüner, de la que Metrópolis toma algunos fragmentos.

Los argentinos (pero especialmente los porteños), de cualquier edad (pero especialmente los "maduros"), de ambos sexos (pero especialmente los hombres) y de todos los niveles socioeconómicos (aquí sí, *todos*) son irrecuperablemente cafeinómanos. Esa infusión oscura y cálida, excitante y ladrona de sueño, ha ido sustituyendo al colonial y todavía decimonónico chocolate, hasta transformarse en una verdadera institución nacional: el cafecito.

A veces —muchas veces— el cafecito viene solo. Y es entonces, realmente, cuando deviene institución, con sus símbolos, sus rituales, sus reglas implícitas... y su *espacio* propio, llamado pura y simplemente el *café*. ¿Por qué se ha elegido designar un local donde se expenden muchas clases distintas de infusiones y bebidas con el nombre de *una* de ellas, tomando la parte por el todo? ¿Será porque, siendo el cafecito una institución de tal envergadura, pareció al anónimo habla de la calle lo más lógico extender el vocablo al comercio donde se puede ingerir el producto? Es muy posible. Pero, atención: como se sabe, al cafecito se lo puede tomar, también, en un bar, confitería, restaurante y un largo etcétera. Sin embargo, ninguno de esos lugares es un *café*.

Porque lo que importa es el *espacio*: el café, espacio institucional, simbólico, ritual y reglamentado. Espacio, en primer lugar, de *intercambio* social: en la mesa del café se conversa, se discute, se seduce, se chismea, se concertan negocios y, en general, se "arregla el país", expresión muy porteñamente fatalista que confiesa semiinconscientemente la impotencia para "arreglar el país" *fuera* del café. Para un argentino es inimaginable, y un poco patético, el espectáculo de dos o más personas sentadas a la mesa del café y en silencio: el café, casi por definición, es un espacio que "suelta la lengua". Es algo así como el sucedáneo urbano del fogón, o de la choza mayor de la tribu, donde el grupo se reúne para intercambiar experiencias, preocupaciones, historias, bromas: en una sociedad que ha perdido casi totalmente la capacidad de la relación cara a cara y la comunicación oral, el café es el espacio —casi el único que queda— de la *narrativa social*, el pequeño y delimitado territorio donde una sociedad difusa y anónima se concentra para *contarse la vida*: el género literario por excelencia del café es la confidencia socializada.

La soledad y la barra

Desde luego, el café puede ser también espacio de soledad, pero sólo en la aceptación pedestremente física del término. La soledad no significa necesariamente ausencia de intercambio: a veces, por el contrario, la soledad física *intensifica* el intercambio con el microcosmos externo, lo hace más atento, más deliberado. En el café se lee, o se estudia. Pero el hecho de hacerlo en un café y no, por ejemplo, en una biblioteca ya denuncia la necesidad del intercambio, de dejarse penetrar por las voces, los sonidos, el rumor interno y el de la calle: de no perder, por más reconcentrado que se esté, el contacto con el mundo. Es por eso, porque al café se va a hacer contacto con el mundo, que aquel (o aquella, aunque eso es menos frecuente) que está solo en el café se dejará atrapar ocasionalmente por la conversación de la mesa vecina, por la historia que puede imaginar a partir de la expresión de los otros parroquianos, por el enigma de un rostro atribulado, o sonriente, compungido, eufórico, deprimido, pensativo, distraído. Es por eso también que el solitario de café procurará, casi siempre, sentarse junto a la ventana. La ventana del café es una institución dentro de la institución. Si el café mismo es una zona fronteriza entre el mundo de lo público y el de lo privado, la ventana es a su vez una frontera inestable —que esté abierta o cerrada representa una gran diferencia— entre el adentro y el afuera del café: puesto de observación y también de inocente voyeurismo, que compensa el exhibicionismo de estar sometido a la mirada ajena.

Si bien es cierto que el café puede ser, y de hecho lo es para muchísima gente, un lugar de paso, que todavía se escuche decir que alguien "para" en un café indica la persistencia de una práctica que busca, a veces con cierto escepticismo, la socialidad, la pertenencia, el reconocimiento. "Parar" en un café es delimitar un *territorio propio*, un espacio no estrictamente privado pero al cual *se pertenece*, en el cual uno *es reconocido*, donde se ejerce —habitualmente a horario fijo— la *socialidad*, puesto que para el que "para" sistemáticamente en un café ese espacio suele ser *compartido*: la "barra" del café (los "muchachos", como se sigue diciendo a pesar de la edad, y a pesar de que ahora haya en los cafés también chicas) es una tribu generalmente cerrada, endogámica, con códigos, rituales, reglas de comportamiento y hasta una ética propia, que se ha dado un territorio y lo ha marcado con fronteras imaginarias pero precisas.

Parecido y diferente

La institución del café, aun en su pequeñez, es un fenómeno precisamente *cultural*, en el sentido amplio de ser un producto y un continente de prácticas sociales con una dimensión simbólica sometida a diferentes grados de transformación y especificidad. Ahora bien: ¿es el café una institución peculiar y propia de la cultura argentina, y más aún, porteña? Desde un punto de vista se podría responder afirmativamente. Por supuesto que cafés existen en todas las ciudades del mundo, y especialmente en las ciudades europeas, y más especialmente todavía —y con características muy similares a las argentinas— en las ciudades latinas como París, Roma y, por sobre todo, Madrid. Incluso se ha podido decir verosímilmente que la institución del café es una importación colonial. En Madrid (o en Barcelona) como en Buenos Aires, los cafés han sido y son espacios privilegiados de socialidad, así como de prácticas culturales —innumerables cenáculos poéticos, revistas y hasta grandes obras literarias se gestaron en los cafés de la Gran Vía o de la Avenida de Mayo— y de acontecimientos políticos.

Y es que, no obstante las semejanzas con los cafés de Montmartre, de la Piazza Spagna o del Paseo de la Castellana, no se pueden dejar de destacar las diferencias: por una parte, en ninguna ciudad del mundo existe la proporción entre cafés y habitantes que se encuentra en Buenos Aires. Y probablemente en ninguna ciudad del mundo sus habitantes "maten" tanto tiempo en el café como en Buenos Aires. Y tampoco se ha desarrollado en ninguna otra ciudad del mundo la casi ridícula (pero a la vez, enternecedora) adoración por el café que tienen los porteños, hasta el punto de transformarlo en sucedáneo y metáfora del útero materno, como lo expresa, de manera tan obviamente edípica que hasta resulta graciosa, la letra de un tango célebre: "Cómo olvidarte en esta queja/ cafetín de Buenos Aires/ si sos lo único en la vida/ que se pareció a mi vieja".

Vieja y buena bohemia

La bohemia intelectual también encontró desde sus inicios en los cafés —particularmente los del radio céntrico— un lugar de refugio para sus ensoñaciones, sus debates y, en muchas ocasiones, para su producción concreta. A comienzos de siglo, esa bohemia intelectual encontró en la peña formal o informal del café el autorreconocimiento inter pares que una sociedad cosmopolita, próspera y en buena medida frívola todavía les negaba.

Hay que empezar por nombrar a Los Inmortales, en su ubicación original de Corrientes 992, regenteado durante una gloriosa década (de 1906 a 1916) por el francés León Desbarnats, verdadero mecenas de los iniciados, que en más de una ocasión pudieron engullir gratuitamente un café con leche y medialunas gracias a la distracción del francés. Los parroquianos del célebre café eran en su mayoría jóvenes —y no tan jóvenes— vinculados con las artes, las letras y el treatro: Florencio Sánchez, Roberto J. Payró, Evaristo Carriego, Alfredo Palacios, Horacio Quiroga, Gregorio de Laferrère, Enrique Gracia Velloso, Javier de Viana, Domingo Robatto, etcétera, sin olvidar a los anónimos sin carrera descollante, periféricos de la noche porteña y la farándula que se colaban en las acaloradas y polémicas terturlias.

Otro clásico café de la bohemia de los escritores y políticos del Centenario fue La Brasileña, local consagrado literariamente por la obra *El mal metafísico*, donde Manuel Gálvez describe con lujo de detalles la colorida cotidianidad del café. También José Saldías, en una poética semblanza, recuerda a los "soñadores libertarios" que solían reunirse allí, guiados por la figura romántica de Alberto Ghiraldo.

Y el inefable Café Tortoni, por cuyo sótano —célebre peña y cenáculo literario de la época— pasaron gente de letras, artistas y músicos que no dejaron de registrar en su propia obra al famoso local. Baldomero Fernández Moreno le dedicó un poema, el gran dramaturgo italiano Luigi Pirandello dictó en él algunas famosas conferencias acompañado, nada menos que por la voz de Carlos Gardel, y cantó y bailó también la famosísima Josephine Baker.



El Café Tortoni, otrora refugio de la bohemia porteña.

Mujeres, chicas, damas

Si bien los cafés eran asiento de tribus masculinas con fronteras muy difíciles de traspasar, una pocas mujeres, transgrediendo las barreras de lo prohibido, ingresaron a ese mundo misógino y monosexual. Algunas, omitiendo sus rituales; otras, mimetizándose con los hábitos masculinos. Por diversas razones, mujeres pertenecientes a diferentes sectores y profesiones circularon, a su manera, por los cafés: Rosa Cata —actriz del circo criollo—, Paquita Bernardo —la primera bandoneonista local—, Angélica Pagano —actriz y directora teatral—, Alfonsina Storni —poeta y simpatizante del feminismo socialista—, entre otras.

Además de las pocas mujeres que eran habitués de ciertos cafés de Buenos Aires por estar vinculadas al mundo cultural porteño, se sabe por crónicas de la época que también otras mujeres circularon abundantemente por ellos, aunque por razones bien diferentes y más *terrenales*: básicamente, la prostitución clandestina. En el Buenos Aires del Centenario era frecuente la existencia de los "cafés de camareras" y los "café conciertos" (sin ningún parentesco con los más modernos y sofisticados café concert) dedicados a la explotación solapada de la prostitución. Muchas jovencitas —incluso menores de edad— esperaban ganarse una magra subsistencia mediante la atención de las mesas como camareras, pantalla habitual que no escondía otra cosa que la oferta de servicios más íntimos a sus clientes.

Después de la década del treinta ya no se vio con mala cara que las mujeres de las clases media y alta practicaran también el ritual de reunirse con "las chicas" en establecimientos públicos, pero no en los clásicos cafés —todavía inexpugnable reducto masculino— sino en las más modernas y pitucas *confiterías*, en las cuales campeaba la usanza británica del five o'clock tea.

En Congreso, Feria de Medios Alternativos

FANZINES ENTRE PALOMAS

(Por Marcelo Panozzo) El señor que se paró lo hizo como lo hacen tantos, un viernes a las cinco de la tarde en la Plaza Congreso, en la vereda de Rivadavia. Allí hay, cada viernes desde hace algo más de un mes, una mesa armada con tablones y caballetes sobre la que se exhiben fanzines de toda laya en lo que se ha dado en llamar *Primera Feria del Fanzine y Medios Alternativos*. Hay pasacalles que semanas atrás supieron servir a las campañas políticas y que hoy, pintados encima, anuncian el evento; hay, también, representantes de cada revista fiscalizando la venta del producto en cuestión, reponiendo ejemplares en caso de falta y dando al sitio un aspecto sombrío pero amable: esos chicos que una noche cualquiera pueden agolparse a las puertas de Halley para ver a los popes del hardcore brasileño Ratos de Porao visten a las cinco de la tarde la misma ropa que llevarán más tarde y atienden a cada curioso con una deferencia ejemplar. Incluso al señor que se paró, repasó cada uno de los títulos exhibidos, examinó también los posters de los Sex Pistols y, tras pensar unos segundos, se acercó a una de las vendedoras para preguntar: "¿Son evangelistas, ustedes?" Quizá el buen señor se haya confundido con el título de una de las publicaciones, ésa que se llama *Juventud Perdida*.

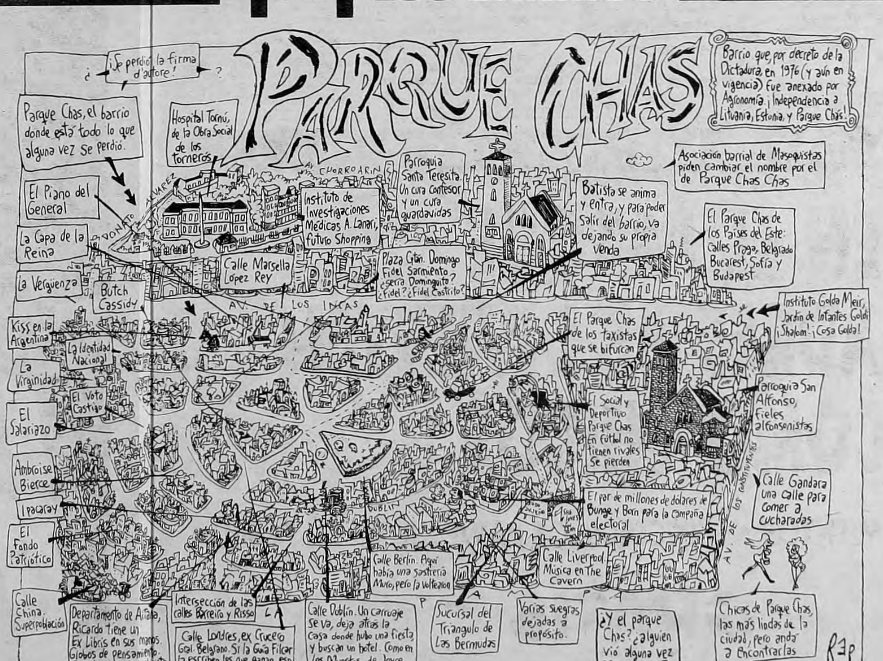
El chico que representa a la revista *Rebelion Rock*, virtual madre de la prensa under de los últimos años y que hoy cuenta también con un programa de radio que se difunde los lunes a las 21 por la FM Avellaneda, explica que la iniciativa nació un viernes, hace un mes y medio —mañana será el sexto viernes de la feria—, a través de un aviso aparecido en el suplemento "Sí" del diario *Clarín*. "Yo llegué, di vueltas y vueltas a la plaza —dice—, y no había nadie, ni una mísera pancarta. Lo único que no revisé fue el monumento, arriba, pero no iban a ser tan tontos de ponerse ahí, donde no los veía nadie... Ahí mismo estaban, cuatro gatos locos con una docena de revistitas tiradas en el piso."

A partir de allí todo se fue encarrilando: quienes se reunieron ese primer día fijaron tareas para poder ubicar el puesto en una especie de glorieta que hay sobre Rivadavia, a los pies de la cual, por un enrejado, se ve pasar el subte. Cuentan no sin orgullo que la organización resultó un éxito y la narración se ubica en la saga del esfuerzo: llegan en tren desde el oeste con los caballetes y así se van, cuando termina todo, pasadas las ocho. No menos de veinte son las publicaciones hoy expuestas, que van desde las tradicionales y ya mentadas *Rebelion Rock* y *Juventud Perdida* hasta *Kitchen Garden*, *Sarna*, *La burra* y otros medios anarquistas, y la revista de las Madres de Plaza de Mayo. Han incluido ya publicaciones españolas y los precios, que oscilan entre los 6000 y los 20.000 australes, se lucen ordenados en una pizarra.

La feria cuenta con el auspicio de la Subsecretaría de la Juventud de Municipalidad porteña y el dinero recaudado va a parar a las arcas de cada revista, a excepción de una pequeña parte que queda en una caja común para solventar gastos. Creen que en poco tiempo empezarán a organizar eventos en torno a la feria, comenzando por la emisión, en vivo, de programas de radio alternativos. Creen que es un espacio necesario el que han conseguido porque, dicen, "esto se muere, no pasa nada". "Necesitamos juntarnos —siguen—, hacer algo juntos." De todos modos, más allá de las ansias de crecimiento, guardan cierto temor al desborde. Hoy se están nucleando de a poco pero confiados en que cuando la alternativa se difunda el lugar se va a llenar, cada viernes, convirtiéndose en un espacio imperativo. El temor, aunque leve, existe con relación a la experiencia pasada, a tantos espacios que se parecían tanto al paraíso y terminaron yéndose al infierno.

1×1 LOS BARRIOS

PARQUE CHAS



Cualquiera puede perderse en Parque Chas. Con ánimo de explorador atento, quien entre y ponga esmero, podrá salir. Pero quien se interne distraído en ese óvalo ubicado en un rincón del barrio de Agronomía, buscando, por ejemplo, cierta altura de la calle Dublín, se perderá, sin dudas. El origen de las tierras que hoy ocupa el barrio data del siglo XVIII, tierras ubicadas en el cruce de Pampa y Fondo de la Legua, hoy Constituyentes, propiedad, como casi todas las parcelas de la zona, de los jesuitas. La familia Chas heredó los terrenos y mientras fue rellenándolos con basura por ser bajos y propensos a las inundaciones, éstos fueron valorizándose en tanto quedaron encerrados entre zonas de densa edificación y fácil comunicación con el centro de la ciudad. En 1925 se aprobó la ordenanza que autorizaba al doctor Vicente Chas a modificar el trazado de las calles para proceder al loteo, y transformar al barrio en lo que es hoy: un óvalo en el que perderse es fácil para cualquiera.

"Barrio Parque Chas Unico en Sud América - Avenidas Triunvirato, Los Incas y Pampa; Adoquinado pago, tranvías y ómnibus al frente", anunciaba un volante de la casa G. G. Grosso del año 1927, pregonando el loteo del barrio; se ofrecían 100 meses de financiación y cuotas de 20 pesos.

En el mismo año en que comenzaron los loteos, en 1927, el doctor Chas montó una fábrica de ladrillos que también se convirtió en distintivo del barrio, sobre todo para los niños que no paraban de revolcarse en el barro. Otras atracciones fueron el Cine Familiar Parque Chas y el Club Almagro, levantado en un terreno alquilado al mismísimo doctor Chas, también en 1927. Parque Chas fue, qué duda cabe, fruto del nepotismo.

cio porteño de intercambio

NDO HOGAR



El Café Tortoni, otrora refugio de la bohemia porteña.

Entre los excesos que singularizan a Buenos Aires, además de los psicoanalistas, se cuentan los cafés. Institución porteña, el cafecito establece un espacio de relaciones acogedor —"si sos lo único en la vida que se pareció a mi vieja"— donde se mata el tiempo y se arregla el país, según una investigación de Mabel Bellucci y Eduardo Grüner, de la que **Metrópolis** toma algunos fragmentos.

ser, y de hecho lo es para muchísima gente, un lugar de paso, que todavía se escuche decir que alguien ''para'' en un café indica la persistencia de una práctica que busca, a veces con cierto escepticismo, la socialidad, la pertenencia, el reconocimiento. ''Parar'' en un café es delimitar un *territorio propio*, un espacio no estrictamente privado pero al cual *se pertenece*, en el cual uno *es reconocido*, donde se ejerce —habitualmente a horario fijo— la *socialidad*, puesto que para el que ''para'' sistemáticamente en un café ese espacio suele ser *compartido*: la ''barra'' del café (los ''muchachos'', como se sigue diciendo a pesar de la edad, y a pesar de que ahora haya en los cafés también chicas) es una tribu generalmente cerrada, endogámica, con códigos, rituales, reglas de comportamiento y hasta una ética propia, que se ha dado un territorio y lo ha marcado con fronteras imaginarias pero precisas.

Parecido y diferente

La institución del café, aun en su pequeñez, es un fenómeno precisamente *cultural*, en el sentido amplio de ser un producto y un continente de prácticas sociales con una dimensión simbólica sometida a diferentes grados de transformación y especificidad. Ahora bien: ¿es el café una institución peculiar y propia de la cultura argentina, y más aún, porteña? Desde un punto de vista se podría responder afirmativamente. Por supuesto que cafés existen en todas las ciudades del mundo, y especialmente en las ciudades europeas, y más especialmente todavía —y con características muy similares a las argentinas— en las ciudades latinas como París, Roma y, por sobre todo, Madrid. Incluso se ha podido decir verosímilmente que la institución del café es una importación colonial. En Madrid (o en Barcelona) como en Buenos Aires, los cafés han sido y son espacios privilegiados de socialidad, así como de prácticas culturales —innumerables cenáculos poéticos, revistas y hasta grandes obras literarias se gestaron en los cafés de la Gran Vía o de la Avenida de Mayo— y de acontecimientos políticos.

Y es que, no obstante las semejanzas con los cafés de Montmartre, de la Piazza Spagna o del Paseo de la Castellana, no se pueden dejar de destacar las diferencias: por una parte, en ninguna ciudad del mundo existe la proporción entre cafés y habitantes que se encuentra en Buenos Aires. Y probablemente en ninguna ciudad del mundo sus habitantes ''maten'' tanto tiempo en el café como en Buenos Aires. Y tampoco se ha desarrollado en ninguna otra ciudad del mundo la casi ridícula (pero a la vez, enternecedora) adoración por el café que tienen los porteños, hasta el punto de transformarlo en sucedáneo y metáfora del útero materno, como lo expresa, de manera tan obviamente edípica que hasta resulta graciosa, la letra de un tango célebre: ''Cómo olvidarte en esta queja/ cafetín de Buenos Aires/ si sos lo único en la vida/ que se pareció a mi vieja''.

Mujeres, chicas, damas

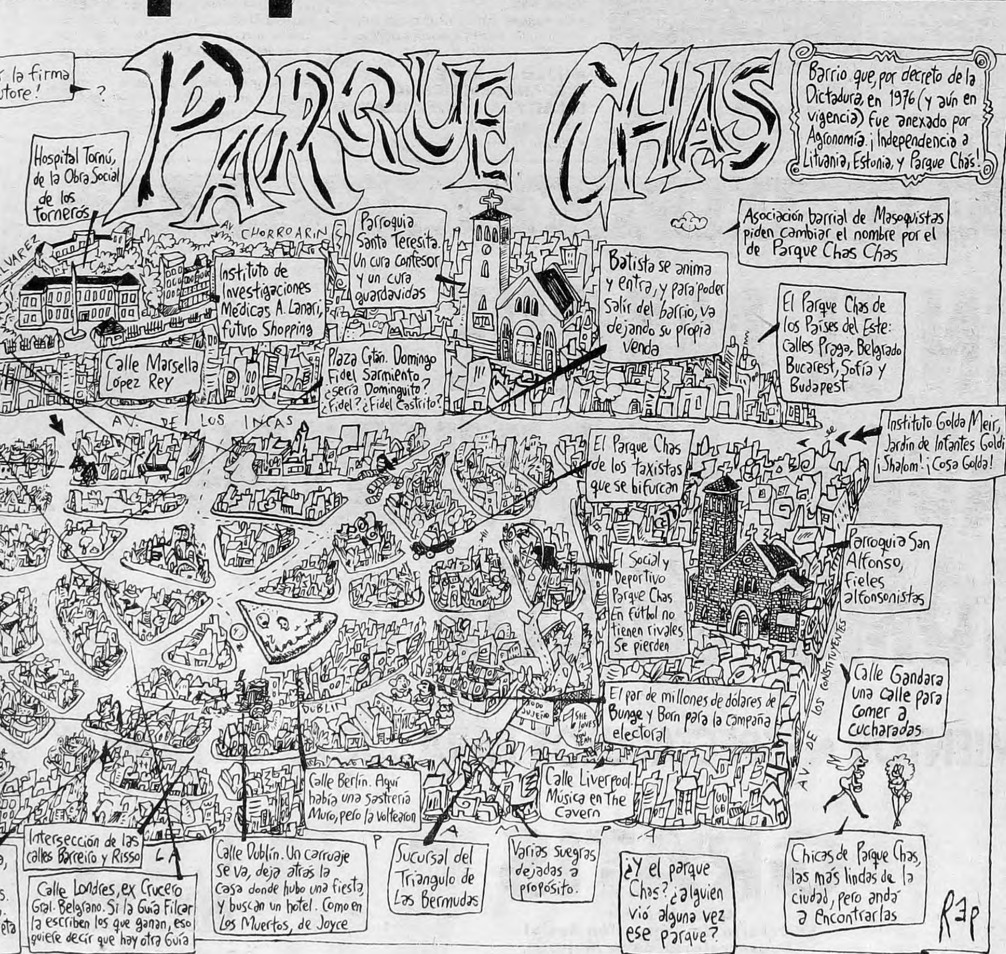
Si bien los cafés eran asiento de tribus masculinas con fronteras muy difíciles de traspasar, una pocas mujeres, transgrediendo las barreras de lo prohibido, ingresaron a ese mundo misógino y monosexual. Algunas, omitiendo sus rituales; otras, mimetizándose con los hábitos masculinos. Por diversas razones, mujeres pertenecientes a diferentes sectores y profesiones circularon, a su manera, por los cafés: Rosa Cata —actriz del circo criollo—, Paquita Bernardo —la primera bandoneonista local—, Angélica Pagano —actriz y directora teatral—, Alfonsina Storni —poeta y simpatizante del feminismo socialista—, entre otras.

Además de las pocas mujeres que eran habitués de ciertos cafés de Buenos Aires por estar vinculadas al mundo cultural porteño, se sabe por crónicas de la época que también otras mujeres circularon abundantemente por ellos, aunque por razones bien diferentes y más *terrenales*: básicamente, la prostitución clandestina. En el Buenos Aires del Centenario era frecuente la existencia de los ''cafés de camareras'' y los ''café conciertos'' (sin ningún parentesco con los más modernos y sofisticados café concert) dedicados a la explotación solapada de la prostitución. Muchas jovencitas —incluso menores de edad— esperaban ganarse una magra subsistencia mediante la atención de las mesas como camareras, pantalla habitual que no escondía otra cosa que la oferta de servicios más íntimos a sus clientes.

Después de la década del treinta ya no se vio con mala cara que las mujeres de las clases media y alta practicaran también el ritual de reunirse con ''las chicas'' en establecimientos públicos, pero no en los clásicos cafés —todavía inexpugnable reducto masculino— sino en las más modernas y pitucas *confiterías*, en las cuales campeaba la usanza británica del five o'clock tea.

1×1 LOS BARRIOS

PARQUE CHAS



Cualquiera puede perderse en Parque Chas. Con ánimo de explorador atento, quien entre y ponga esmero, podrá salir. Pero quien se interne distraído en ese óvalo ubicado en un rincón del barrio de Agronomía, buscando, por ejemplo, cierta altura de la calle Dublín, se perderá, sin dudas. El origen de las tierras que hoy ocupa el barrio data del siglo XVIII, tierras ubicadas en el cruce de Pampa y Fondo de la Legua, hoy Constituyentes, propiedad, como casi todas las parcelas de la zona, de los jesuitas. La familia Chas heredó los terrenos y mientras fue rellenándolos con basura por ser bajos y propensos a las inundaciones, éstos fueron valorizándose en tanto quedaron encerrados entre zonas de densa edificación y fácil comunicación con el centro de la ciudad. En 1925 se aprobó la ordenanza que autorizaba al doctor Vicente Chas a modificar el trazado de las calles para proceder al loteo, y transformar al barrio en lo que es hoy: un óvalo en el que perderse es fácil para cualquiera.

''Barrio Parque Chas Unico en Sud América - Avenidas Triunvirato, Los Incas y Pampa; Adoquinado pago, tranvías y ómnibus al frente'', anunciaba un volante de la casa G. G. Grosso del año 1927, pregonando el loteo del barrio; se ofrecían 100 meses de financiación y cuotas de 20 pesos.

En el mismo año en que comenzaron los loteos, en 1927, el doctor Chas montó una fábrica de ladrillos que también se convirtió en distintivo del barrio, sobre todo para los niños que no paraban de revolcarse en el barro. Otras atracciones fueron el Cine Familiar Parque Chas y el Club Almagro, levantado en un terreno alquilado al mismísimo doctor Chas, también en 1927. Parque Chas fue, qué duda cabe, fruto del nepotismo.



CENTRO CULTURAL RECOLETA

Junín 1930

EXPOSICIONES

• *Avenida de Mayo, Programa de Revitalización.* Dibujos y paneles en la Sala 13, hasta el próximo 27 y en el horario de 14 a 21 entre martes y viernes y de 10 a 21 los sábados, domingos y feriados.
• *Plaga no anunciada,* versión sobre la caída de Jericó que da Sebastián Romano en la Sala Paralela a la 13, hasta el próximo 27 y en el mismo horario.
• *Azul ultramar, rojo de cadmio.* Pintura figurativa de Carmen D'Elia. En la Sala 14, hasta el próximo 27 y en el horario habitual.
• *1939-1945.* Oleos de Alejandro Vainstein en la Sala de Situación, hasta el próximo 27 y en el horario habitual.
• *A plena luz,* tallas en madera de Ana Chacra. En el Patio de los Naranjos, hasta el próximo 27 y en el mismo horario.
• *Graciela Paats, pinturas.* Acrílicos en la Sala 11, hasta el próximo 27 y en el horario habitual.
• *Demandas y ausencias,* acrílico sobre tela de Gustavo Annarumma. En la Sala Primer Espacio A y B, hasta el próximo 27 y en el mismo horario.

TEATRO

• *Bando-Neón,* obra del Grupo Tres por UNo, bajo la dirección de Mónica Silver. El viernes y el sábado a las 21, en el Auditorium.
• *El rey se muere,* de Eugene Ionesco, en versión de Ricardo Miguelez, a cargo también de la dirección, interpretada por el Grupo Pepe Biondi. El sábado a las 19.30 en el Patio del Albibe.

ESPACIO NIÑO

• *Un circo para imaginar,* de Beatriz Iacoviello, con dirección de Ricardo Miguelez e interpretación del grupo Pepe Biondi. En el Patio del Aljibe, el sábado y el domingo, con dos funciones cada día: a las 15.30 y a las 16.30.
• *La ciudad de Genteseria,* obra del Grupo Los Calandracas. El domingo a las 17, en el Patio de la Fuente.
• *Purolocro Rompetodo,* otra obra del Grupo Los Calandracas. El sábado a las 17, en el Patio de la Fuente.

CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN

Sarmiento 1551

TEATRO

• *Página 19,* obra de Maximiliano Paz dirigida por Ricardo Sverdlick que vuelve a escena durante octubre, todos los viernes y sábados a las 21.30 y los domingos a las 19.30 en la Sala Enrique Muiño.
• *El duende del obelisco,* sainete posmoderno escrito y dirigido por Manuel Maccarini. Los viernes y los sábados a las 19 y los domingos a las 21.30, en la Sala Enrique Muiño.
• *Cachorros,* versión de un cuento de Horacio Quiroga escrita por Federico y Carlos Ovejero, interpretada por el grupo Jupi-Nuky. Todos los domingos a las 18 en la Sala Juan Bautista Alberdi.
• *Colmo de bomberos,* actores, títeres y clowns según el libro de Silvia Nión, la dirección de Guillermo Cacace y la interpretación del grupo V-Oletos. Todos los domingos a las 16, en la Sala Juan Bautista Alberdi.

CINE

• *Cineclub Infantil,* películas y cortos para niños que seleccionan Víctor Iturralde y Rosario Luna. Los sábados a las 18 en la Sala Juan Bautista Alberdi.

DANZA

• *Ciclo de Danza Contemporánea,* que dirige Aurelia Chillemi y que este mes festeja su primer año de vida, con espectáculos todos los sábados a las 21 en la Sala Juan Bautista Alberdi.

TEATRO MUNICIPAL GENERAL SAN MARTIN

Corrientes 1530

TEATRO

• *Los invertidos,* de José González Castillo en adaptación de Alberto Ure, a cargo también de la dirección. Con la actuación de Antonio Grimau, Cristina Banegas, Tony Vilas y elenco. En la Sala Casacuberta, martes y miércoles a las 21.30, jueves, viernes y sábados a las 22.30
• *Hamlet, La guerra de los teatros,* de William Shakespeare en adaptación de Ricardo Bartís, a cargo también de la dirección. Desde su estreno, mañana, en la Sala Cunill Cabanellas a las 22.30 entre jueves y sábados y a las 20.30 los domingos.
• *Confesiones de una sirvienta,* de Hermann Broch, con dirección de Emilio Alfaro. En la Sala Casacuberta, a las 20.30 entre jueves y domingos.
• *El Gran Circo Criollo,* de Ariel Bufano, por el Grupo de Titiriteros del TMGSM, bajo la dirección de Bufano. Los sábados y los domingos a las 15, en la Sala Martín Coronado.
• *La historia de Romeo y Julieta,* unipersonal de Fernando Rossaroli, bajo la dirección de Roberto Saiz. Los sábados y los domingos a las 17, en el Hall Central.

DANZA

• *Cuarto Programa del Ballet Contemporáneo del TMGSM,* con la dirección de Doris Petroni y Oscar Araiz. Se presentan las coreografías *Noche de ronda* y *El carnaval de los animales,* de Araiz. Los sábados y los domingos a las 20, en la Sala Martín Coronado.

CINE

• Ciclo de *Grandes repositores,* que la Cinemateca Argentina organiza en la Sala Leopoldo Lugones, según la siguiente agenda: hoy, *La vida y nada más,* (Francia, 1989), De Bertrand Tavernier; mañana, *Golpe al corazón* (Estados Unidos, 1982), de Francis Coppola; el sábado 19 y el domingo 20, *Agenda secreta* (Gran Bretaña, 1990), de Ken Loach; el lunes 21, *Luces del alma* (Australia, 1986), de Paul Cox; y el martes 22, cierre del ciclo, *Adrenalina* (Francia, 1989), de Yan Piquer, Jean-Marie Maddeddu y Anita Assal. Con cuatro funciones diarias, a las 15, a las 17.30, a las 20 y a las 22.30.

COMPLEJO TEATRAL ENRIQUE SANTOS DISCEPOLO

TEATRO PRESIDENTE ALVEAR

Corrientes 1659

• *Ballet Nacional Argentino,* con Santiago Ayala (El Chúcaro) y Norma Viola, además de los artistas invitados Chango Nieto y Ricardo Chiqui Pereyra. Los martes a las 21.
• *Danzando en el Discépolo,* ciclo permanente de danza que coordinan Norma Binaghi y Omar Berti. Los miércoles a las 21.
• *La Cenicienta y otros cuentos,* coreografías de Norma Binaghi y Esther Ferrando, a cargo también de la dirección, que integran un espectáculo de ballet para niños. Los sábados y los domingos a las 17.30.

TEATRO DE LAS PROVINCIAS

Córdoba 6056

• *De todo un poco y un poco de todo,* creación colectiva del grupo de la Tercera Edad del Programa de Acción Social de la Municipalidad. Los sábados a las 18.

MUSEOS MUNICIPALES

MUSEO DEL CINE PABLO DUCROS HICKEN

Sarmiento 2573

• Muestra permanente: *Afiche del cine argentino, Cine sonoro del patrimonio del museo* (cámaras y proyectores), *Vestuario del cine nacional del presente al pasado.* De lunes a viernes entre las 9 y las 16.

MUSEO DE ESCULTURAS LUIS PERLOTTI

Pujol 649

• *Caricaturas sobre Luis Perlotti,* muestra colectiva. De martes a sábados entre las 16 y las 20, en la sede del museo.

MUSEO DE ARTE HISPANOAMERICANO ISAAC FERNANDEZ BLANCO

Suipacha 1422

• *Pintura virreynal de México,* hasta el 20 de octubre, de martes a domingo entre las 14 y las 19.

MUSEO DE LA CIUDAD

Alsina 412

• *En Buenos Aires brillan los azulejos de la historia porteña,* de lunes a viernes entre las 9 y las 13.

VARIETE

• *Túneles coloniales, Aula Magna y Observatorio Astronómico del Colegio Nacional de Buenos Aires, Sala de Representantes* y otros rincones de la Manzana de las Luces son los puntos a recorrer en las visitas guiadas que los sábados y los domingos a las 15 y a las 17 organiza el Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana y que parten de Perú 272.
• El Teatro Bululú (Rivadavia 1350) anuncia su programación —gratuita pero con gorra— para este fin de semana: mañana, a als 21 *Tres mujeres al hilo,* por el grupo Envergadura, a las 22 *Gaia New Age y el Salvabache,* a las 23.15 *Polvos mágicos* por el grupo Las mil y una noches, a la 0.30 *Hagámoslo de a cuatro,* por el grupo Círculo Vicioso, a la 1.30 *Historias de colectivos;* el sábado, a las 21 *Don Juan o el infierno de la sexualidad,* de Marco Denevi, a las 22 *Poca cosa,* de Antonio Dal Masseto, a las 23.15 *Haciéndose la del monólogo,* con el **Sátira/12** Carlos Guarnerio, a la 0.30 *Muchas pelucas para un solo calvo,* a la 1.30 *¿Usted se cayó o lo tiraron?,* con Luis Mazzeo; y a las 2.30 *Hoy puede ser un gran día,* con el relator cómico de la Típica el Leve Ascenso; el domingo, a las 19, *Secretando adrenalina,* por el grupo Maldita la Gracia, a las 20 *Con las manos libres,* música y poesía y a las 21.30 *Nosotras las más piores de todas* por el grupo Carmelitas Desnudas.
• *La Calle de los Títeres,* parte del Programa Cultural en Barrios que en Barracas, más precisamente en Baigorri y Caseros, realiza todos los domingos desde las 15 talleres participativos para chicos y a partir de las 16 ofrece funciones de títeres. Este domingo se ofrecerán las obras infantiles *Los Chilotitos,* de Gerardo Capobianco, y *Jaruzi,* de Gerardo Niña; la extensión del ciclo a los adultos, por su parte, presenta el viernes a las 21.30 al Taller de Titiriteros del Borda con las obras *Banda-Da* y *El beso.*
• En el ciclo de conferencias *¿Quién es?* que organiza el Colegio Argentino de Filosofía (CAF), de Paraná 774, 1er. piso, hoy a las 21, su director y profesor de Filosofía, Tomás Abraham contará *¿Quién es Michel Foucault?*
• El Centro Cultural Fortunato Lacámera (San Juan 353), perteneciente al Programa Cultural en Barrios de la Municipalidad porteña, continúa su ciclo *Argentina: cine testimonio* con la proyección de *La deuda interna,* film de Miguel Pereyra, este viernes a las 21; al día siguiente y a la misma hora se ofrecerá también en la sede del Centro la obra *El corso,* grotesco de Manuel Cruz con la dirección de Rafael Bove y la interpretación de egresados de la Escuela de Arte Dramático.
• *Feria de Mataderos,* artesanías y tradiciones populares en la Recova del Mercado de Hacienda (Lisandro de la Torre y Avenida de los Corrales), todos los domingos de 11 a 19.